



GUIAR O ACOMPAÑAR

Obsequiado por Renfe con cinco horas y media de trayecto entre Madrid y Barcelona, devoro el nuevo libro de la neurocientífica Nazareth Castellanos llamado “El puente donde habitan las mariposas”, y me anoto varios pasajes que próximamente utilizaré en mis “cafés”. Y, de entrada, hay una afirmación suya que me llama poderosamente la atención. Dice:

“Me gustan más los que acompañan que los que guían”.

Me hago a mí mismo la pregunta: ¿yo acompaño o guío? Y mi propia respuesta no me gusta, porque me doy cuenta de que, a aquellos con los que no tengo un vínculo muy cercano, quizás los acompaño. Pero a los más cercanos me temo que tozudamente los intento guiar.

La diferencia es nuclear, y a efectos prácticos abismal: acompañar implica ayudar al otro a encontrar sus caminos y sus respuestas, y aceptarlas incondicionalmente. Guiar supone llevar al otro por el camino que tú determinas porque te parece el correcto, o el que el otro debe seguir.

¡Qué difícil acompañar sin guiar, cuando tienes clarísimo el camino que un hijo, o un buen amigo, o quien sea debería seguir! Pero al mismo tiempo ¡qué estéril es guiar por un camino que no es el del otro!

Si miro hacia atrás, reconozco que, guiando, he obtenido muy pocos resultados. Y en muchos casos he conseguido incómodos distanciamientos por intentar llevar al otro a mi camino. Y acompañando, (las veces que he sido capaz de hacerlo) los resultados han sido claramente mejores. Aunque por el camino he sufrido mucho más y he tenido que luchar contra la tentación de guiar, y he tenido que vivir con la incerteza de si el proceso acabaría llevando al otro a buen puerto.

Es mucho más difícil acompañar que guiar. Pero acompañar es mucho más valioso y, al final, fortifica mucho más la relación.